

con el bien del país. Quizá la presencia de los otros príncipes que hoy faltan, en un momento más feliz de nueva entrevista, consiga lo que hoy parece imposible. Con esta esperanza me retiro.

ALBA (haciendo al mismo tiempo una seña á su hijo Fernando).—¡Alto Egmont! ¡Vuestra espada! (Ábrese la puerta central y se ve la galería llena de soldados inmóviles.)

EGMONT (que permanece un rato mudo por la sorpresa).—  
¿Y este era el fin, el propósito para que me habéis llamado? (Empuñando la espada como si quisiera defenderse.)  
¿Acaso estoy desarmado?

ALBA.—De orden del Rey eres mi prisionero. (Al mismo tiempo entran por los dos lados hombres con armas.)

EGMONT (después de un momento de silencio).—¿Del Rey?  
¡Orange! ¡Orange! (Después de otra pausa le entrega su espada.)  
¡Tómala! Más veces sirvió para defender la causa del Rey, que mi propio pecho. (Sale por la puerta del centro. Los hombres de armas que están en la habitación le siguen; igualmente Fernando. Alba se queda. Cae el telón.)

## ACTO QUINTO

Calle. Obscurece.

CLARITA. BRACKENBURGO. VECINOS.

BRACKENBURGO.—¡Por amor de Dios, queridita mía!  
¿Qué es lo que os proponéis?

CLARITA.—¡Venid, Brackenburgo, no conocéis á los hombres! Seguramente le pondremos en libertad. ¿Hay algo que iguale al cariño que le tienen? Cada uno de ellos siente, dentro de sí, ¡lo juraría!... el más ardiente deseo de salvarlo, de apartar del peligro vida tan preciosa y de volver la libertad al que es libre por excelencia. ¡Venid! Sólo falta la voz que ha de reunirlos. Llevan en el alma el sentimiento de cuanto le deben, y saben que sólo su brazo poderoso aparta de ellos la perdición. Por él y por ellos vamos á aventurarlo todo. ¿Y qué aventuramos? Todo lo más la vida, que no vale la pena de conservarla, si él perece.

BRACKENBURGO.—¡Desdichada! ¿No ves que la fuerza nos sujeta con lazos de hierro?

CLARITA.—¡A mi no me parece invencible! No perdamos más tiempo en palabras ociosas. ¡Aquí vienen

hombres de aquellos chapados á la antigua, probos y animosos! ¡Oid, amigos! ¡Vecinos, oid!... Decid, ¿qué ha sido de Egmont?

MAESTRO CARPINTERO.—¿Qué quiere esta niña? ¡Guarde silencio!

CLARITA.—Acercaos, hablemos en voz baja, hasta que por la unión seamos más fuertes. ¡No tenemos momento que perder! La tiranía insolente que ha osado prenderlo, afila ya el puñal para asesinarlo. ¡Oh, amigos! A medida que la obscuridad aumenta, más me angustio. Tengo miedo á esta noche. ¡Venid, vamos á repartirnos; iremos de barrio en barrio, á la carrera, llamando á los vecinos! Cada uno echará mano de sus viejas armas; reunirémonos en el mercado, y el torrente que formemos arrastrará consigo á todo el mundo. Rodearemos al enemigo superándole, y le hundiremos. ¿Qué oposición ha de hacernos un puñado de mercenarios? Y él, en medio de nosotros, devuelto á la libertad, nos dará gracias, á nosotros, que tan profundo agradecimiento le debemos. ¡Quizá verá!... ¡Oh, ciertamente verá, á cielo descubierta, la aurora del nuevo día!

MAESTRO CARPINTERO.—¿Pero qué es lo que quieres, joven?

CLARITA.—¿Sois capaces de no comprenderme? Hablo del conde, hablo de Egmont.

JETTER.—¡No pronunciéis ese nombre; da la muerte!

CLARITA.—¿Qué no pronuncie este nombre! Este nombre ¿quién no lo pronuncia á cada momento? ¿Dónde no está escrito? En estas estrellas lo he leído muchas

veces con todas sus letras. ¿Qué no lo nombre? ¿Qué quiere decir eso? ¡Amigos! ¡Mis buenos y queridos vecinos, estáis soñando; volved en vos! No me miréis así, asustados y congojosos; no echéis esas miradas medrosas á un lado y otro, puesto que yo no os llamo, sino para aquello que cada uno de vosotros desea. ¿No es mi voz la voz de vuestro propio corazón? ¿Quién en esta mísera noche se acostará en su desasosegado lecho sin haber dirigido al cielo por él ardientísima plegaria? Preguntaos los unos á los otros; que cada uno se pregunte á sí mismo, á ver quién no me dice después: «¡La libertad de Egmont ó la muerte!»

JETTER.—¡Dios nos ampare! ¡Aquí va á suceder alguna desgracia!

CLARITA.—¡Quedaos, quedaos! No desaparezcáis al sólo nombre de aquel á cuyo encuentro saliais antes tan alegres y presurosos. Cuando la noticia llegaba hasta vosotros, cuando se decía: «¡Ya viene Egmont, viene de Gante!», los habitantes de las calles por donde había de pasar se tenían por muy felices, y cuando se oían las pisadas de su caballo, todo el mundo dejaba lo que estaba haciendo, y por las caras pensativas que le miraban, á través de los vidrios, pasaba como un rayo de sol, la mirada de alegría y de esperanza que de su rostro partía. Entonces alzabais á vuestros niños sobre el umbral de la puerta, y les decíais: «¡Mira; aquel es Egmont, el grande! Es ese, de quien vosotros podéis esperar algún día mejores tiempos que los que alcanzaron vuestros pobres padres.» De hoy en adelante, que

no os pregunten vuestros hijos: «¿Qué ha sido de él? ¿Dónde están los tiempos que les prometíais?...» ¡Ay! Mientras gastamos el tiempo en palabras, estamos ociosos y lo perdemos.

SOEFT.—Brackenburgo, ¿no os da vergüenza? No la dejéis que haga esto; evitad una desgracia.

BRACKENBURGO.—Vámonos querida Clarita, ¿Qué dirá vuestra madre? ¡Quizás!...

CLARITA.—¿Pensáis que soy una niña ó una insensata? ¿A ¡qué viene ese «¡quizás!»? Ninguna esperanza puede sacarme ya de esta espantosa certidumbre. Debéis oírme, y me oiréis; porque lo estoy viendo, os halláis perturbados y aun en el interior de vosotros mismos, no os podéis dar cuenta. A través del peligro presente, echad una mirada al pasado, al pasado de ayer. Cambiad luego vuestros pensamientos á lo porvenir. ¿Podréis vivir, viviréis cuando él haya perecido? Con su aliento se extingue el último soplo de la libertad. ¿Qué no era él para nosotros? ¿Por quién arrostraba los mayores peligros? La sangre de sus heridas, sólo por vosotros manaba y se estancaba. Aquella grande alma, que os llevó á todos, está oprimida en un calabozo, y en torno de ella se cierne el horrible, el torpe homicidio. Tal vez piensa en vosotros y en vosotros espera; ¡él, que sólo á dar, á conceder estaba acostumbrado!

MAESTRO CARPINTERO.—Venid, compadre.

CLARITA.—Yo no tengo brazos ni fuerzas como vosotros; pero tengo lo que á todos os falta, valor y desprecio del peligro. ¡Si pudiese encenderos con mi alien-

to, calentaros y reanimaros con la presión de mi pecho! Venid, quiero ir en medio de vosotros. Como la frágil bandera desplegada al viento conduce un noble ejército á la guerra, así mi espíritu, ardiendo en amor y en esfuerzo, alrededor de vuestras cabezas, hará de un pueblo indeciso y diseminado, un ejército temible.

JETTER.—¡Llevala de aquí, me da compasión! (Vanse los vecinos.)

BRACKENBURGO.—Clarita, ¿no ves dónde estamos?

CLARITA.—¿Dónde? Debajo del cielo, que tantas veces sirvió de espléndida bóveda para que el noble Egmont pasase por debajo. A estas ventanas se asomaban cinco y seis cabezas, unas sobre otras, para verle. En estas puertas se agrupaban, haciendo reverencias y cortesías, cuando él bajaba su mirada hacia los mandriados. ¡Oh, cuanto ellos le honraban á él, queriales yo á ellos! Si hubiese sido un tirano, bueno que se le apartasen en su caída. ¡Pero le amaban!... ¡Oh! Esas manos que agarraban las gorras, ¿no han de poder empuñar las espadas? ¿Y nosotros, Brackenburgo? ¿Los reprendemos? ¿Qué es lo que por él hacen estos brazos, que tantas veces lo han tenido sujeto? ¡La astucia consigue tanto en el mundo! Tú conoces veredas y caminos, conoces el viejo castillo. La cosa no es imposible; dame una idea.

BRACKENBURGO.—Si nós fuésemos á casa...

CLARITA.—Bueno.

BRACKENBURGO.—Allá en la esquina veo la guardia de Alba; escucha la voz de la razón. ¿Me tienes por cobarde? ¿No crees que por ti arrostraría la muerte? Aquí

somos dos locos, lo mismo yo que tú. ¿No ves que es imposible? Vuelve en ti; estás trastornada.

CLARITA.—¡Trastornada yo! ¡Qué atrocidad, Brackenburg! los trastornados sois vosotros. Cuando públicamente adorabais al héroe, le llamabais vuestro amigo, vuestro protector y vuestra esperanza, gritándole ¡viva! al pasar, entonces yo me estaba en mi rincón; entrea-bría mi ventana; me recataba al mirar, y mi corazón latía mucho más fuerte que el de todos vosotros. Y ahora mismo late más fuerte que el de todos vosotros. Cuando el peligro está encima, os ocultáis, renegáis de él, y no comprendéis que si él se pierde, yo me muero.

BRACKENBURGO.—Vamos á casa.

CLARITA.—¿A casa?

BRACKENBURGO.—Reflexiona y mira á tu alrededor. Estas son las calles por donde sólo pasas los domingos, para ir modestamente á la iglesia, donde exagerando la honestidad, te enojabas cuando saludándote amistosamente te acompañaba. Ahora estás aquí hablando y accionando á los ojos de todo el mundo; vuelve en ti, querida; ¿de qué nos sirve todo esto?

CLARITA.—¡A casa! Ya me hago cargo. Vamos á casa, Brackenburg; ¿tu sabes dónde está mi casa? (Vanse.)

Prisión alumbrada por una lámpara, en el fondo un catre.

EGMONT

Sueño, siempre fiel, antiguo amigo, ¿me abandonas también como los otros? Voluntario invadías mi cabe-

za libre y refrescabas mis sienes, cual mirto de la hermosa corona de amor. Bajo el peso de las armas, y en el oleaje de la vida, reposaba en tus brazos respirando suavemente como un muchacho. Cuando la tempestad zumbaba á través del follaje, agitando la copa y haciendo crugir las ramas, el tronco del árbol permanecía siempre inmóvil. ¿Qué es lo que te hace estremecer ahora? ¿Qué es lo que turba tu sentido, siempre sereno y justo? ¡Lo conozco; es el ruido del hacha asesina que ataca las raíces! Estoy aún en pie y me traspasa interno escalofrío. ¡Sí! Venció el poder de la traición; socavó el tronco firme y alto, y antes de secarse su corteza precipitó, desgajándola y despedazándola, su corona. ¡Y tú, que con tanta frecuencia desechabas de tu cabeza los cuidados más considerables, cual si fueran meras pompas de jabón! ¿Por qué ahora no consigues ahuyentar este presentimiento que de mil maneras me trabaja? ¿Desde cuándo te halló la muerte medroso? Tú vivías tranquilo y sosegado con sus variadas imágenes, así como con todas las demás formas de la tierra que vivimos. Pero es que no se trata del furioso enemigo contra quien, de igual á igual, se expone el robusto pecho; el calabozo es representación del sepulcro, tan contraria al héroe como al cobarde. Insoportable me era en la asamblea de los príncipes que lo que podía decidirse fácilmente se sobrecargase con repetidos discursos. Sentado en mi sillón, dentro de las paredes sombrías, me aplastaban las vigas del techo. En el momento en que me era posible salía apresurado, ansioso de respirar el aire

libre; montaba á caballo, y allá me iba, fuera, al campo, donde está nuestro puesto. Allí, todos los, beneficios inmediatos de la naturaleza, exhalándose de la tierra, y todas las bendiciones de los astros, propagándose, nos penetran con su influencia; allí, semejantes á los gigantes hijos de la tierra, el contacto de nuestra madre nos robustece. En todas nuestras venas sentimos la humanidad y la pasión humana. Allí, el alma del joven cazador arde en deseos de avanzar, de vencer, de afirmar, de ejercitar el puño, de poseer, de conquistar. Allí, el soldado, arrogándose derecho nativo sobre el mundo entero, en su terrible libertad, con paso rápido, extiende la destrucción cual una granizada sobre prados, campos y bosques, y no reconoce límites que haya trazado la mano del hombre. ¡Ah! Eres sólo imagen, sueño recordatorio de la dicha que por tanto tiempo he poseído. ¿Dónde te ha conducido el destino traidor? ¿Negóse á otorgarte súbita muerte, jamás temida á la luz del sol, para prepararte al sabor anticipado de la tumba en nauseabundo lodo? ¡Con qué repugnancia siento su hálito despedido por estas piedras! ¡Ya la vida se entorpece y el pie vacila ante esta tarima, como ante la tumba! ¡Oh miedo! ¡Miedo de la muerte, que por anticipado comienzas el homicidio! ¡Déjame! ¡Desde cuándo está Egmont solo, tan completamente solo en el mundo? La duda, que no la dicha, te hace ingrato. La justicia del Rey, en quien confiaste toda la vida; la amistad de la Regente, que casi (preciso es confesártelo), casi era amor, ¿han de haber desaparecido, como brillantes me-

teoros de la noche, dejándote solo en la selva obscura? En último extremo, ¿no ha de idear algo Orange á la cabeza de sus amigos? ¿No se irá juntando el pueblo, con creciente violencia, para salvar á su antiguo amigo? ¡Oh, muros que me encerráis, no impidáis que lleguen hasta mí las ansias de tantos corazones bien dispuestos! Vuelva ahora de su corazón al mío el valor que en otro tiempo les infundían mis miradas. ¡Oh, sí! ¡Se ponen en movimiento á millares! ¡Vienen! ¡Están cerca! Dirigen al cielo voto ferviente en demanda de un milagro, y si un ángel no baja á salvarme, ya les veo echar mano á las espadas y á las lanzas. Hácense astillas las puertas; saltan las rejas; los muros se derrumban á sus muros, y con el naciente día, la libertad viene gozosa en busca de Egmont. ¡Cuántos rostros conocidos me reciben alborozados! ¡Ah, Clarita! ¡Si fueses hombre, seguramente te vería aquí antes que á nadie, y tendría que agradecerte lo que es duro agradecer á un Rey; la libertad!

---

La casa de Clarita.

CLARITA.

CLARITA.—(Sale de su cuarto con una lámpara y un vaso de agua, que deja sobre la mesa; va después á la ventana.) ¿Sois vos, Brackenburgo? Pero entonces, ¿qué es lo que oigo yo? ¿Nadie aún? ¿No era nadie? Voy á poner la lámpara en la ventana, para que vea que velo todavía y le aguar-

do. Me ha prometido noticias. ¡Noticias! ¡Realidad espantosa! ¡Egmont sentenciado! ¿Qué tribunal tiene facultades para juzgarle? ¡Y, sin embargo, le condenan! ¿Es el Rey quien le condena? ¿Lo condena el Duque? ¡Y la Regente se retira; Orange titubea, y sus amigos todos...! ¿Es este el mundo de cuya inconstancia y falsedad he oído hablar tanto, sin probarlo nunca? ¿Es este el mundo? ¿Quién será bastante malvado para encontrarse contra este hombre tan grande? ¿Había de ser tan poderosa la maldad que perdiese, en un momento, al conocido de todo el mundo? ¡Sin embargo, así es! ¡Así es! ¡Oh, Egmont! Yo te creía tan seguro delante de Dios y de los hombres como en mis brazos. ¿Qué he sido para ti? Me llamaste tuya, y toda mi vida te he consagrado. ¿Y qué soy ahora? Extiendo mi mano inútilmente á la red en que te han cogido. ¡Tú desamparado y yo libre! ¡La llave de mi puerta, aquí está! El ir y venir, de mi libertad depende... ¡Y no te sirvo de nada...! ¡Oh! ¡Atadme para que no me desespere! ¡Llevadme al calabozo más profundo, á fin de que golpee mi cabeza contra las paredes húmedas; para que clame por la libertad y sueñe la manera cómo le libraría, si las cadenas no me sujetasen! ¡Ahora estoy libre, y esta libertad aumenta la congoja de mi impotencia! En plena posesión de mí misma, no soy dueña de mover un miembro en auxilio suyo. ¡Ah! Desgraciadamente esta pequeña parte de tu ser, tu Clarita, lejos de ti, está como tú, prisionera, y gasta sus últimas fuerzas en las convulsiones de la muerte. ¡Oigo pasos! ¡Oigo toser! ¡Brackenburg! ¡Él es!

¡Hombre excelente y desdichado, tu destino es siempre el mismo! ¡La que amas te abre de noche su puerta! ¡Ay, para qué entrevista!

Entra BRACKENBURGO.

CLARITA.—¡Qué pálido y tembloroso vienes, Brackenburg! ¿Qué hay?

BRACKENBURGO.—He llegado hasta aquí dando rodeos y arrojando peligros. Las calles grandes están tomadas, y me he venido escondiendo por las callejuelas y los rincones para llegar á encontrarte.

CLARITA.—Cuéntame. ¿Qué hay?

BRACKENBURGO (sentándose).—¡Ah, Clara! ¡Déjame llorar! Yo no le quería. Él era el rico y sedujo la única oveja del pobre, para llevársela á otros pastos mejores. Nunca le maldije, porque Dios me ha hecho leal y sensible; mi vida se pasa en el dolor, y esperabairme consumiendo de día en día.

CLARITA.—Olvida eso. Brackenburg, olvídate de ti mismo. Háblame de él. ¿Es cierto que le han condenado?

BRACKENBURGO.—Sí, lo sé positivamente.

CLARITA.—¿Y vive todavía?

BRACKENBURGO.—Sí; todavía vive.

CLARITA.—¿Cómo puedes asegurarlo? La tiranía asesina por la noche á los buenos. Su sangre corre oculta á los ojos de todos. El pueblo, engañado, sueña que lo salva, que su impotente deseo se cumple, y mientras tanto, su espíritu, indignado contra nosotros, deja este

mundo. ¡No me engañes ni te engañes, Brackenburgo! ¡Ha muerto!

BRACKENBURGO.—No; en verdad que vive. Y desgraciadamente, los españoles preparan al pueblo, que quieren meter debajo de los pies, un espectáculo capaz de aplastar, para siempre, todos los corazones que por la libertad palpitan.

CLARITA.—Continúa y pronuncia sosegado mi sentencia de muerte. Voy acercándome á los campos de la bienaventuranza, y ya llega hasta mí un soplo del consuelo de aquellas comarcas de la paz; prosigue.

BRACKENBURGO.—Pudo llegar á comprender, por la presencia de las guardias y por palabras sueltas en un lado y en otro, que en la plaza se aparejaba sigilosamente una cosa horrible. Escurríme por caminos laterales y pasadizos conocidos hasta la casa de mi primo, y miré á la plaza desde una ventana trasera; movíanse, formando ancho círculo, antorchas encendidas, que llevaban soldados españoles. Agucé mi vista, poco experta, y en la obscuridad de la noche vi dibujarse delante de mí un tablado negro, espacioso, alto; dióme su vista pavora. Muchos hombres alrededor estaban ocupados en revestir y tapujar, con paño negro, las partes todavía visibles de la obra de madera blanca. Al último de todo vistieron las escaleras también de negro; lo vi muy bien. Parecían estar haciendo los preparativos para la consumación de un horroroso sacrificio. Á uno de los lados alzábase muy alto un crucifijo blanco, que en la obscuridad de la noche relucía como plata. Miraba, y

cada vez veía más clara la espantosa realidad. Todavía vagaban de un lado para otro algunas antorchas; poco á poco fueron atenuándose, y luego se apagaron. De repente, el deforme engendro de la noche volvió á entrar en el seno de su madre.

CLARITA.—¡Calla, Brackenburgo! ¡Ahora, calla! Deja que esta envoltura cubra mi alma; desaparezcan los fantasmas. Y tú, noche propicia, presta tu manto á la tierra conmovida. Que no soporte por más tiempo ese peso execrable, y abriendo pavorosa sus profundas cavernas, sepulte en ellas la máquina de muerte. Dios, á quien ultrajan los hombres haciéndolo testigo de su furia, envíe uno de sus ángeles. Al contacto del santo mensajero se abran paredes y cerrojos; rodea á tu amigo resplandor suave, y á través de la noche condúcelo, reposado y tranquilo, á la libertad. A mí también mi camino, en esta obscuridad, me lleva á su encuentro.

BRACKENBURGO (deteniéndola).—¡Hija mía! ¿Adónde vas? ¿Qué pretendes?

CLARITA.—¡Quedito, amigo, que no despierte nadie, ni despertemos tampoco nosotros mismos! ¿Conoces este pomito, Brackenburgo? Te lo cogí en broma un día que, impaciente, amenazabas, como solías, con anticipar tu muerte... ¡Y ahora, amigo mío!...

BRACKENBURGO.—¡En nombre de todos los santos!...

CLARITA.—No puedes evitar nada. Me corresponde morir, no me niegues la muerte pronta y dulce que te habías preparado á ti mismo. ¡Dame tu mano!... En el momento de abrir la puerta sombría por la cual no se

vuelve á salir, puedo decirte, estrechándola, cuánto te quiero, cuánto te compadezco. Perdí á mi hermano muy joven, y te había elegido para que ocuparas su puesto. Rehusólo tu corazón, atormentándote y atormentándome. Deseaste, cada vez con más ardor, lo que no podías obtener. Perdóname, y ¡adiós! Déjame llamarte hermano; es un nombre que encierra muchos nombres. Recibe, con leal corazón, la última flor hermosa de los que se separan... Toma este beso... La muerte todo lo reúne; Brackenburgo, á nosotros también.

BRACKENBURGO.—Pues si es así, déjame morir contigo. ¡Reparte, reparte! ahí hay lo suficiente para apagar dos vidas.

CLARITA.—¡Quitate! Tú debes vivir; puedes vivir. Protege á mi madre; sin ti, la pobreza la consumiría; sé para ella lo que yo ya no puedo ser; vivid juntos y lloradme. Llorad á la patria, y llorad al que sólo podía conservarla. La generación presente no verá el fin de esta calamidad. Ni el furor de la venganza misma conseguirá extirparla. Vivid ¡desdichados! en un tiempo que ya no es tiempo. Hoy el mundo se parará de repente, detendráse su movimiento, y mi pulso apenas latirá pocos minutos. ¡Adiós!

BRACKENBURGO.—¡Oh! vive con nosotros, como nosotros sólo para ti viviremos. Matándote, nos matas. ¡Oh! vive y sufre. Estaremos uno á cada lado tuyo sin separarnos, y siempre atentos; el amor te preparará, en sus brazos vivos, el más hermoso consuelo. ¡Sé nuestra! ¡nuestra! ¡No me atrevo á decir mía!

CLARITA.—¡Cuidado, Brackenburgo! No sabes dónde tocas. Lo que á ti te parece esperanza, es para mí desesperación.

BRACKENBURGO.—Comparte la esperanza de los vivos. Párate al borde del abismo; mira al fondo, y después, vuélvete á mirarnos.

CLARITA.—He vencido; no me vuelvas á llamar al combate.

BRACKENBURGO.—Estás aturdida, y envuelta en las tinieblas buscas el precipicio. Pero aun no se han apagado todas las luces. ¡Mas de un día!..

CLARITA.—¡Ay de ti! ¡Ay de ti! Cruel, rompiste el velo que había delante de mis ojos. Sí, amanecerá el día; inútilmente se amontonarán las nieblas en torno de él; á pesar suyo amanecerá. Atemorizado, mira el vecino por su ventana; la noche va dejando en pos una mancha negra; observa, y con la claridad va creciendo terrorífico el patíbulo. Sufriendo nueva pasión, la profanada imagen de Dios levanta los ojos al Padre. El sol no se atreve á mostrarse; no quiere marcar la hora en que Egmont ha de morir. Siguen su camino los minutos perezosos, y una hora tras otra suena el reloj. ¡Basta! ¡Basta! Ha llegado el momento. La ofensa del día me echa al sepulcro. (Va á la ventana como para mirar, y bebe á escondidas.)

BRACKENBURGO.—¡Clara! ¡Clara!

CLARA.—(Vuelve á la mesa y bebe el agua.) Aquí está el resto; no quiero que lo pruebes. Haz lo que debes. ¡Adiós! Apaga esta lámpara en silencio y sin vacilación.



nes; yo voy á descansar. Sal de aquí deslizándote sin hacer ruido, y cierra la puerta detrás de ti. ¡Silencio! No despiertes á mi madre. ¡Vé! ¡Sálvate! ¡Sálvate, si no quieres parecer mi asesino! (Vase.)

BRACKENBURGO.—Me deja por la última vez, como siempre. ¡Oh! ¡Si el alma humana pudiese comprender lo que es capaz de hacer sufrir á un corazón amante! Me deja entregado á mí mismo, siéndome la muerte y la vida igualmente odiosas... ¡Morir solo!... ¡Llorad vosotros, los que amáis! ¡No hay destino más duro que el mío! ¡Bebé mis gotas mortíferas y me rechaza! ¡Me rechaza de su lado! Me atrae; voime en pos de ella y me empuja á la vida. ¡Oh, Egmont, qué gloria te ha caído en suerte! Ella va delante á presentarte por su mano la corona del triunfo. ¡Sale á tu encuentro con el cielo entero! ¿Y yo, he de ir? ¿He de volver á estar de lado? ¿Soportar en aquellas moradas la envidia inextinguible? En la tierra ya no puedo estar, y el cielo y el infierno ofrécenme iguales tormentos. ¡Oh, y qué bien acogida sería por este desdichado la mano aterradora de la nada!

(Brackenburgo se va; el teatro permanece algún tiempo sin cambio. Principia la música, que interpreta la muerte de Clarita. La lámpara que Brackenburgo se ha olvidado de apagar, arroja algunos destellos, y después se apaga. En seguida la escena se cambia en)

La prisión.

EGMONT durmiendo en la tarima. Óyese ruido de llaves y se abre la puerta. Entran criados con hachas; siguen FERNANDO, el hijo de Alba, y SILVA, acompañados de hombres de armas. EGMONT se despierta sobresaltado.

EGMONT.—¿Quién sois, que tan sin piedad interrumpís mi sueño? ¿Qué me anuncian vuestras miradas é intranquilas? ¿Por qué ese séquito imponente? ¿Qué sueño pavoroso venís á fingir al alma medio despierta?

SILVA.—Envíanos el duque para notificarnos vuestra sentencia.

EGMONT.—¿Traéis también al verdugo para ejecutarla?

SILVA.—Escuchad, y sabréis lo que os espera.

EGMONT.—Digno es de vosotros y de vuestra vergonzosa hazaña. Concebida en las tinieblas y ejecutada en las tinieblas, puede ocultarse esta acción procaz de la injusticia. Sal fuera sin empacho, tú, que traes oculta la espada debajo de la capa; aquí está mi cabeza, la más libre de cuantas la tiranía separó de su tronco.

SILVA.—Os engañáis; lo que deciden jueces íntegros, no han de ocultarlo de la faz del día.

EGMONT.—Entonces, supera el descaro á cuanto pensarse é imaginarse puede.

SILVA (coge la sentencia á uno que está á su lado, la desdobra y lee.)—«En nombre del Rey, y en virtud del poder es-

pecial que Su Majestad nos ha transferido para juzgar á todos sus súbditos, cualesquiera que su estado fuere, incluso á los caballeros del Toisón de Oro, declarámoste...»

EGMONT.—¿Puede el Rey transferir ese poder?

SILVA.—Declarámoste, después de puntual y detenido examen, á ti, Enrique, conde Egmont, príncipe de Gaure, reo de alta traición, y te senteciamos á que, en el naciente día, seas sacado de tu prisión, conducido á la plaza del mercado, y allí, ante el pueblo, para escarmiento de traidores, pierdas la vida. Dado en Bruselas á... (el día y el año se leerán de manera poco clara, de suerte que el espectador no entienda.) FERNANDO, DUQUE DE ALBA, Presidente del Tribunal de los Doce.—Ya sabéis ahora vuestro destino; os queda poco tiempo para aveniros á él, arreglar vuestros asuntos y despediros de vuestros allegados. (Vanse Silva y el acompañamiento. Quédase Fernando y dos hombres con hachones. El teatro está medianamente alumbrado.)

EGMONT (permanece, durante algún tiempo, de pie, ensimismado, y deja marchar á Silva sin mirar. Créese solo, y cuando levanta los ojos ve á Fernando.)—¿Aquí os quedáis? ¿Queréis aumentar con vuestra presencia mi asombro, mi horror? ¿Pretendéis quizá llevar á vuestro padre el grato mensaje de mi cobarde desesperación? ¡Id! ¡Decidle, decidle, que ni á mí me engaña, ni al mundo tampoco! Mil voces se lo dirán á ese ambicioso: primeramente bajito, muy bajo y por la espalda; después más alto cada vez, y cuando llegue á caer de esa cúspide, gritando y frente á frente: «No le ha traído aquí ni el bien del

Estado, ni el prestigio del Rey, ni la paz de las provincias. Aconsejó la guerra por su interés, porque el guerrero gana con la guerra: ha levantado toda esta enorme turbonada para que necesiten de él.» Y yo caigo víctima de su odio mezquino, de su miserable envidia. Sí; lo sé, y me atrevo á decirlo; el que va á morir, el herido de muerte, lo puede decir. Ese presuntuoso me tiene envidia. Mucho tiempo hace que piensa y discurre cómo quitarme de enmedio. Ya en otro tiempo, cuando éramos muchachos, al jugar á los dados y ver que los montones de oro pasaban, unos tras otros, de su lado al mío, se ponía furioso; fingía tranquilidad, é interiormente se lo comía la ira, más por mi suerte que por su pérdida. Todavía recuerdo sus miradas, que echaban chispas; su delatora palidez en una fiesta pública, en que ambos disputábamos delante de miles de personas el premio del tiro. Él me desafió primero; ambas naciones, la española y la neerlandesa, en expectación, hacían apuestas. Yo le vencí; su bala erró, y la mía dió en el blanco; un grito de alegría de mis compatriotas hendió el aire. ¡Ahora, su bala me alcanza! ¡Decidle que lo sé, que le conozco, que el mundo desprecia los trofeos de victoria que erigen, por malas artes, los espíritus pequeños! ¡Y vos, si es posible á un hijo separarse de las costumbres de su padre, aprended con tiempo la vergüenza, avergonzándoos de aquel á quien con todo vuestro corazón hubierais querido venerar!

FERNANDO.—¡Os escucho sin interrumpiros! Vuestras censuras caen como golpes de maza sobre un yelmo;

estremécenme, pero estoy armado. Me alcanzáis, y no me herís. Solo siento el dolor que desgarrá mi pecho. ¡Desgraciado de mí! ¡Desgraciado de mí! ¡He nacido para ver esto! ¡He sido enviado para presenciar semejante espectáculo!

EGMONT.—¿Os lamentáis? ¿Qué os lastima? ¿Qué os aflige? ¿Es tardío arrepentimiento por haber prestado vuestros servicios á esta infame conjuración? ¡Sois tan joven! ¡Tenéis tan gallarda presencia! ¡Fuisteis conmigo tan franco, tan afectuoso! Siempre que os veía, reconciliábame con vuestro padre. Y sin embargo, falaz, más falaz que él, hicisteisme caer en la red. ¡Sois execrable! El que de él se fia lo hace por su cuenta y riesgo; pero ¿quién teme el peligro al fiarse de vos? ¡Salid! ¡Salid! ¡No me robéis estos momentos! ¡Idos, á fin de que yo me recoja, olvide al mundo y os olvide á vos el primero!

FERNANDO.—¿Qué he de deciros? Estoy mirándoos, y ni os veo, ni sé lo que pasa por mí. ¿Debo disculparme? ¿Debo aseguraros que sólo supe tarde, á última hora, el designio de mi padre? ¿Qué sólo ejecuto su voluntad impelido por él, como mero instrumento inerte? ¿Qué importa la opinión que podáis tener de mí? ¡Estáis perdido, y desgraciadamente yo no estoy aquí sino para asegurároslo y lamentarme!

EGMONT.—¡Voz singular! ¿Qué inesperado consuelo se me ofrece en el camino de la tumba? ¿Vos, el hijo de mi primero y casi único enemigo, me compadecéis y no sois del número de mis asesinos? ¡Decid! ¡Hablad! ¿Por qué debo tomaros?

FERNANDO.—¡Padre cruel! ¡Sí! ¡Te reconozco en esta orden! Conociste mi corazón, mis sentimientos, que tantas veces me has echado en cara, como herencia de una madre tierna. Y para formarme á tu semejanza, me envías aquí. ¡Me fuerzas á que vea á este hombre al borde de la entreabierta tumba, presa de arbitraria muerte, para que, sintiendo el más profundo dolor, me quede ya sordo é insensible á todo lo que me pueda ocurrir, sea lo que quiera!

EGMONT.—¡Asombrado estoy! ¡Reponeos! ¡Portaos y hablad como un hombre!

FERNANDO.—¡Oh! ¡Quién me diera ser mujer para que pudiesen decirme: «¿Qué te aflige? ¿Qué te conmueve?» Contadme alguna monstruosidad mayor, mostradme un hecho más terrible, y os daré gracias diciendo: «esto no es nada!»

EGMONT.—¡Perdéis el tino! ¿Dónde estáis?

FERNANDO.—¡Dejadme dar rienda suelta á mis quejas y expansión á mis sentimientos! ¡No quiero permanecer impasible, cuando se despedaza mi corazón! ¿Es posible que os vea aquí á vos? ¡Es horrible! ¡No me comprendéis, y sin embargo, Egmont, debíais comprenderme! ¡Egmont! (Le echa los brazos al cuello.)

EGMONT.—Descubridme este secreto; explicadme este misterio.

FERNANDO.—No hay misterio alguno.

EGMONT.—¿Cómo os mueve tan hondamente la suerte de un extranjero?

FERNANDO.—¡Extranjero, no! ¡Para mí no lo sois! En

mi primera juventud, vuestro nombre ofrecíase me brillante como una estrella del cielo. ¡Cuántas cosas oí de vos y cuántas pregunté! La esperanza del niño es el joven; la del joven el hombre. Esto fuisteis para mí. Caminabais delante, y yo os seguía siempre detrás, sin envidia. Por último, tuve esperanza de veros; os ví, y os llevasteis mi corazón. A vos me había dado, y al veros, os elegí de nuevo. Esperaba vivir ahora á vuestro lado, estar con vos. ¡Comprenderos!... ¡Comprenderos!... ¡Todo ha caído por tierra y os veo aquí!

EGMONT.—Amigo; si esto puede hacer os algún bien, tened la seguridad que, desde el primer momento, os ganasteis por completo mi afecto. Pero, escuchadme, y hablemos tranquilamente algunas palabras. ¡Decidme! ¿La voluntad firme y seria de vuestro padre es matarme?

FERNANDO.—¡Sí!

EGMONT.—¿No sería esta sentencia un mero espantajo para acongojarme, para castigarme por el miedo y la amenaza, humillarme, y después, con la gracia del Rey, volverme á levantar?

FERNANDO.—¡No! ¡Ah, no por desdicha! Al principio, aun me lisonjeaba yo mismo con esta lejana esperanza, y aun así, angustiábame y dolíame de veros en ese estado. Pero la cosa es cierta de toda realidad. ¡No; yo no puedo contenerme! ¿Quién me prestaría ayuda, quién me daría consejo para evitar lo inevitable?

EGMONT.—¡Escuchadme! ¡Si vuestra alma os impulsa por manera tan poderosa á salvarme; si detestáis la

fuerza que me aprisiona, ¡salvadme! Los momentos son preciosos. Sois el hijo del que todo lo puede; sois, vos mismo, poderoso. ¡Huyamos! Yo conozco los caminos. Los medios, vos no podéis desconocerlos. Sólo estos muros y algunas millas nos separan de mis amigos. ¡Romped estas cadenas, llevadme á ellos, y sed de los nuestros! Día vendrá, seguramente, en que el Rey os agradecerá mi salvación. Ahora fué sorprendido, ó quizá lo ignora todo. Vuestro padre se arriesga, y Su Majestad tiene que aceptar los hechos consumados, aunque le aterren. ¿Piensas? ¡Oh! ¡Discurres el camino de mi libertad? ¡Habla, y alimenta la esperanza del alma que vive!

FERNANDO.—¡Calla! ¡Oh, calla! ¡Con cada palabra aumentas mi desesperación! No hay salida, no hay discurso, no hay huida posible. Esto es lo que me atormenta, lo que me oprime y clava mi pecho como con garras. Yo mismo he tendido la red, y conozco sus nudos fuertes y firmes. Sé que todos los caminos están cortados al atrevimiento y á la astucia. Yo me siento preso contigo y con todos los demás. ¿No me habré lamentado? ¿No habré probado todo? Me arrojé á sus pies, pedí, supliqué, rogué, y él enviómelo aquí para que todo lo que hubiere en mí de apego á la vida y de alegría, perezca en este momento.

EGMONT.—¿Y no hay salvación?

FERNANDO.—¡Ninguna!

EGMONT (dando con el pie en el suelo).—¡No hay salvación!... ¡Dulce vida! ¡Risueña costumbre de la existen-

cia y de la acción, tengo que separarme de ti! ¡Y tan lentamente! No me das tu rápido ¡adiós! en el tumulto de la batalla, entre el ruido de las armas y el aturdimiento de la pelea. No te despidas á la ligera, abreviando el momento de la separación. Me es forzoso coger tu mano, fijar por última vez mis ojos en tus ojos, contemplar y sentir vivamente tu hermosura, tu valer, y después soltarte y decirte: ¡Abandóname!

FERNANDO.—¿Y he de estar presente, he de ser forzosamente testigo, sin poderte salvar, sin poder impedir nada? ¿Qué voz será bastante potente para quejarse? ¿Cuál será el corazón que no se destroce ante dolor tan grande?

EGMONT.—¡Serénate!

FERNANDO.—Tú puedes serenarte, desprenderte, dar el paso difícil, como un héroe llevado de la mano por la necesidad: pero yo, ¿qué puedo, que debo hacer? Tú, vencéndote, nos vences. Yo te sobrevivo y me sobrevivo á mí mismo. He perdido mi luz en la alegría del festín, mi bandera en el fragor de la batalla. ¡El porvenir me parece todo insulsez, confusión y tristeza!

EGMONT.—Joven amigo, que por singular destino al mismo tiempo gano y pierdo, que por mí sientes las angustias de la muerte y por mí padeces; mírame bien en este momento; no vas á perderme. Si mi vida fué para ti espejo en que gustoso te miraste, séalo también mi muerte. No sólo están juntos los hombres cuando se hallan reunidos; también el alejado, el que

nos dijo: ¡adiós! vive en nosotros. Yo viviré en ti; en mí mismo he vivido bastante. He gozado en cada uno de mis días, y en cada uno, trabajando con actividad, hice mi deber, según me lo enseñaba mi conciencia. Ahora termina mi vida, como hubiera podido terminar mucho antes, allá en los arenales de Gravelinas. Ceso de vivir, pero he vivido. Vive también así, amigo mío, con gusto, con placer, y no temas á la muerte.

FERNANDO.—Hubieras podido, hubieras debido conservarte para nosotros: te has buscado la muerte. Muchas veces oía hablar de ti á hombres prudentes. Enemigos y amigos discutían largamente sobre tu mérito, y concluían por ponerse de acuerdo; ninguno osaba negarlo, pero todos convenían en que ibas por caminos muy peligrosos. ¡Cuántas veces he deseado podértelo advertir! ¿No tenías amigos?

EGMONT.—¡Estaba advertido!

FERNANDO.—¡Y cuán circunstanciadas encuentro ahora, en el proceso, todas aquellas acusaciones y tus respuestas, suficientes para disculparte, no bastante sólidas para librarte de culpa!

EGMONT.—Dejemos esto. Cree el hombre guiar su vida, conducirse á sí mismo, y lo que tiene dentro de sí le lleva irremisiblemente á su destino. No pensemos en ello. Fácil me es desprenderme de estos pensamientos; mas difícil desechar mis temores por este país. Sin embargo, también sobre esto será proveído. Si mi sangre se derrama por muchos y alcanza la paz á mi pueblo, correrá de buen grado. ¡Desgraciadamente, no

será así! Convíene al hombre no inquietarse cuando ha perdido la acción. Si puedes contener y encarrilar el poder dañino de tu padre, hazlo. Pero ¿quién lo podrá? ¡Adios!

FERNANDO.—No puedo marcharme.

EGMONT.—Te recomiendo encarecidamente mis servidores. Tengo entre ellos muy buenas gentes. Que no se dispersen ni lleguen á verse desgraciados. ¿Qué ha sido de Ricardo, mi secretario?

FERNANDO.—Te ha precedido: como reo de alta traición lo decapitaron.

EGMONT.—¡Pobre desdichado! Otra cosa, y después, ¡adios! porque ya no puedo más. Que aunque el espíritu actúa enérgico por fin, la naturaleza exige sin remisión sus derechos, y cual el niño á quien se enrosca una serpiente duerme plácido sueño, de igual modo el fatigado de la vida déjase caer á las puertas de la muerte y descansa, como tomando alientos para emprender largo viaje; una cosa nada más. Conozco á una joven; no la desprecies porque fué mía. Sólo recomendándola á tí, muero tranquilo. Tienes un alma noble; la mujer que encuentra un hombre así, se ha salvado. ¿Vive mi viejo Adolfo? ¿Está libre?

FERNANDO.—¿Aquel alegre anciano que te acompañaba siempre á caballo?

EGMONT.—El mismo.

FERNANDO.—Vive y está libre.

EGMONT.—Ese sabe su morada; dile que te lleve y recompénsale hasta el fin de sus días, por ha-

berte enseñado el camino de semejante tesoro. ¡Adios!

FERNANDO.—No me voy.

EGMONT (empujándole hacia la puerta).—¡Adios!

FERNANDO.—¡Oh, déjame aún!

EGMONT.—Amigo, nada de despedidas. (Acompaña á Fernando hasta la puerta, y allí se desase de él. Fernando, aturcido, aléjase de prisa).

EGMONT (solo).—¡Hombre cruel! No pensabas hacerme este beneficio por medio de tu hijo. Él me ha librado de cuidados, de dolores, del miedo y de todo sentimiento penoso. Reclama la naturaleza su última deuda, de modo suave y apremiante. ¡Pasó! ¡Todo está concluído! Y lo que por incierto me tuvo la última noche desvelado, ahora, con certidumbre incontrastable, adormece mis sentidos.

(Se acuesta. Música.)

Dulce sueño: cual dicha pura vienes voluntariamente, sin que te rueguen ni supliquen. Desatas los fuertes lazos del pensamiento. Mezclas las imágenes de la alegría y las del dolor; brota espontáneo el torrente de las melodías internas, y envueltos en plácidos desvaríos, nos sumergimos en ti cesando de ser.

(Se duerme, y la música acompaña su sueño. Detrás de su lecho figura la pared abrirse, mostrándose una visión resplandeciente. La libertad, en traje de diosa, rodeada de una aureola, se apoya en una nube. Tiene las facciones de Clarita, y se inclina al héroe dormido. Expresa el sentimiento de la compasión, parece condolerse; después se recobra, y con ademanes animosos le muestra el haz de flechas, y luego el báculo con el sombrero. Mándale que esté alegre, y dándole á entender que

con su muerte procurará la libertad á las provincias, declárale vencedor y le ofrece una corona de laurel. Al acercarse con la corona, hace Egmont en sueños un movimiento, de manera que se queda con el rostro vuelto hacia la diosa que sostiene la corona suspendida sobre su cabeza. Óyese muy á lo lejos música militar de pífanos y tambores. La visión desaparece al primer sonido. Este aumenta. La tenue luz de la mañana alumbra la prisión, y Egmont se despierta. Su primer movimiento es para asir la corona. Levántase y mira en derredor, siempre con la mano en la cabeza).

¡Desapareció la corona! ¡Hermosa imagen; la luz del día te ahuyentó! Sí, unidas estaban las dos más dulces delicias de mi corazón. La diosa Libertad tomó prestada la figura de la amada mía, y la niña encantadora vistióse con el ropaje celestial de mi amiga. En este momento solemne apareciéronseme las dos en una, más seria que risueña. Tenía las suelas manchadas de sangre; los pliegues de su túnica manchados de sangre. Era mi sangre y la de muchos nobles. ¡No! ¡No se verterá en vano! Pasa por cima de ella, pueblo valeroso; la diosa de la victoria te acaudilla. Y así como la mar rompe tus diques, rompe tú y arranca de cuajo el muro de la tiranía, y en tu desbordamiento arrástrala lejos de la tierra que se atrevió á usurpar. (Se oyen más cerca los tambores.) ¡Atención! ¡Cuántas veces este sonido me invitó á marchar, con paso firme, al campo de la batalla y de la victoria! ¡Qué alegres pisaban mis compañeros el camino de la gloria! Yo también saldré de este calabozo para afrontar honrosa muerte. ¡Muero por la libertad, por quien viví y luché, y á la cual ahora re-

signado me inmolo. (Aparece en la puerta del fondo una fila de soldados españoles armados con alabardas.) Sí, traedlos á todos; apretad las filas: ¡no me atemorizáis! Acostumbrado estoy á ir delante de las lanzas y contra las lanzas, y circundado por la amenaza de la muerte, sentir duplicada la energía de mi vida. (Suenan tambores.) ¿Te estrecha el enemigo por todas partes, brillan las espadas? ¡Buen ánimo, amigos! Detrás de vosotros tenéis padres, mujeres, hijos! (Señalando la guardia española.) A éstos los lleva una palabra vana de su amo, ¡no su propio corazón! ¡Defended vuestros bienes, y para salvar aquello que os es más precioso, caed contentos como yo os doy el ejemplo! (Va con paso firme hacia los españoles, dirigiéndose á la puerta del fondo. Cae el telón. La música vuelve, y termina la obra con un himno triunfal.)